

Haneefah bint Stefan, Excristiana, Suecia



La primera vez que pensé sobre tener al Islam como mi religión fue a la edad de 15 años. Leí una historia en mi libro de religión de la secundaria acerca de una mujer sueca que se convirtió, que me hizo pensar: ¿Cómo sería si me convirtiera en musulmana? ¿Cómo cambiaría eso mi vida?

Esta mujer llevaba un pañuelo en su cabeza y trabajaba como secretaria. Debido a mi falta de conocimiento sobre el Islam, esto me impactó mucho. ¿Cómo puede ella trabajar con esa cosa en su cabeza? ¿Quién contrataría a una mujer así?

Mi conclusión fue que nunca me haría musulmana debido a que eso me haría muy notoria y disminuiría mis posibilidades de obtener el trabajo soñado. Supongo que este pensamiento dependió en gran medida de la forma en que me criaron. Mis padres eran personas honestas y buenos trabajadores, pero no veían la necesidad de la religión. Ellos creían que el significado de la vida está realmente en la vida misma, y después que todos nos convirtamos en polvo ya no habrá nada más.

Sin embargo, supongo que mi madre respetaba las tradiciones y la moral de nuestra iglesia cristiana protestante, así que me envió a temprana edad a un grupo infantil, y más tarde, a la edad de 14 años, se me preguntó si me gustaría asistir a las clases de confirmación.

Accedí. Pensé que era mejor hacerlo. Quién sabe, a lo mejor cambiaría de opinión después y me arrepentiría de no haber ido, y entonces me quedaría por fuera de la iglesia. Además, era divertido ir a estas clases. Pintábamos, cantábamos canciones, hacíamos teatro e íbamos de campamento. No había mucha gente seria entre nosotros, la mayoría iba solo por tradición y para obtener regalos, joyería y dinero de los parientes en ese gran día cuando las clases por fin terminaran y se celebrara la ceremonia en la iglesia.

Recuerdo que ya en esa época tenía fuertes dudas respecto al Cristianismo. Leí la Biblia pero eso no me dio lo que necesitaba. Sabía que había algo que estaba

buscando, pero no sabía qué. Aprendí sobre astrología e intenté la meditación, etcétera, pero todo esto me hizo sentir aún más confundida.

Comencé a llevar un “diario espiritual”. Era un libro pequeño, que llenaba con materiales diferentes, tanto religiosos como no religiosos. Coleccioné versículos bíblicos, poemas, cánticos hindús, canciones y todo lo que tuviera significado para mí.

Comencé la secundaria a los 16 años. Vivía en un suburbio pequeño fuera de la ciudad, y se me pidió que me trasladara a una ciudad dentro de la gran ciudad. Elegí la que se suponía que tenía el nivel más elevado. No podía imaginar que allí había tantas personas extranjeras.

Inmediatamente después que comencé, sentí que no era feliz. Quería cambiar mi especialidad, así que fui transferida de Comunicación a Idiomas y llegué a una clase nueva donde no conocía a nadie. Las primeras personas que he hablaron amablemente y se convirtieron en mis amigas fueron una chica africana y una iraquí que usaba el pañuelo o velo. ¡Era tan exótico para mí! Toda mi vida había estado rodeada de personas de mi mismo ambiente, y ahora saboreaba un poco otras culturas y formas de vida.

Estaba tan fascinada con la chica iraquí que comencé a andar mucho con ella y me hice amiga de sus amigas. Me volví famosa como la sueca que no tenía amigos suecos. Era más bien algo divertido para mí —no sentía la necesidad de distanciarme de la gente normal.

Los musulmanes de mi colegio a veces tenían discusiones animadas sobre el Islam y eso me impresionó mucho. Pensé: ¿cómo puede ser que esta religión sea una parte tan activa de sus vidas? No es como el Cristianismo, ¡está viva, no muerta! Y tiene un impacto sobre todo aspecto de sus vidas.

Un día, cuando fui con mi padre a un mercado de segunda mano, me puse a buscar algunos libros y encontré una vieja traducción del Corán al idioma sueco. Decidí comprarla por razones históricas, y para tener una mejor comprensión de la religión de mis amigos.

Entonces, comencé a agregar elementos islámicos a mi diario. Escribí el capítulo inicial del Corán, Surat Al Fátiha, y su traducción. También la memoricé. No tenía ningún motivo para hacer esto, solo estaba interesada en ello.

Al poco tiempo, estaba totalmente absorta en el Corán. Sentí que había encontrado un verdadero tesoro. Había algo que me atraía a él —algo que no era una cuestión de lógica, en especial debido a que esta traducción que tenía, había sido escrita por un orientalista y contenía muchos errores. Lo peor de todo era que el autor se refería a supuestos errores en el orden en el que los versículos llegaron. Decía que era evidente que algunos versículos debían cambiar de lugar.

Alhamdulillah (alabado sea Dios) que aprendí la verdad preguntándole a mi amiga.

Fui con mi amiga iraquí y le dije que estaba interesada en el Islam. ¡Ella quedó pasmada y tuvo la necesidad de sentarse para sobreponerse! Después de reponerse, decidió llevarme a una organización islámica y allí me dio algunos libros, panfletos, y el número telefónico de otra mujer sueca que se había hecho musulmana.

Tenía miedo de lo que diría mi familia, y de hecho mi madre se indignó cuando le dije que quería ser musulmana. Toda la familia buscó en mi habitación y tiraron mis libros islámicos. Dijeron que el Islam era como una secta y que me habían lavado el cerebro.

Pero esto no me detuvo. En el mes de julio de 2001, hice mi shahada (testimonio de fe) en público. Había llamado a la mujer sueca cuyo número de teléfono me habían dado, y ella organizó lecciones islámicas en su casa. Fui a su villa, que tenía un jardín, y rezamos la oración del duhur (mediodía) al aire libre. Para mí fue un acto simbólico, puesto que en mi sociedad no se aprecia mostrar abiertamente actos de adoración. Me sentí tan libre que me importaba muy poco lo que la gente pudiera pensar.

Fue con voz fuerte y orgullosa que dije las palabras las que sin duda han tenido el mayor impacto en toda mi vida:

Ashhadu an laa ilaaha illa Allah, wa ashhadu anna Muhammadan rasul Allah

Atestiguo que no hay divinidad merecedora de adoración sino solo Dios;

y atestiguo que Muhammad es el mensajero de Dios.

Ninguna otra frase me ha influenciado tanto como lo ha hecho esta.